Año IX — Barcelona 21 de Agosto de 1912 — Epoca 4.ª—Número 123

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Margaritas a puercos

Con la nueva orientación sindicalista revolucionaria que tomaron gran parte de sociedades obreras, aceptando como medios de lucha la acción directa, el boicot y el sabotaje, abrió la prensa anarquista un paréntesis en los ataques al partido socialista por la labor castradora que siempre ha hecho entre el proletariado que se organizaba para la lucha contra el capital. A pesar de no ser sindicalistas, no quisimos ser obstáculo a la nueva fase que presentaban los sindicatos cuya evolución veíamos con simpatía.

Más que nada obedeció esta actitud a la creencia de que también los socialistas evolucionarían, arrojando el lastre de la base múltiple que *todavía* preconizan, pero... este sacrificio que nos impusimos, por lo que a los socialistas se refiere, ha sido como si echáramos margaritas a puercos. El partido socialista, como todos los partidos políticos, no puede evolucionar; se lo impide el espíritu de conservación. Y no solamente no evoluciona, sino que retrocede, aliándose a elementos burgueses que el día antes combatiera.

Seguramente que nuestro silencio fué interpretado como indicio de impotencia y al ver que, convencidos de la inutilidad de nuestra actitud, nos disponemos a censurar su conducta con el elemento trabajador, apela a todos los medios para presentarnos como enemigos de la clase trabajadora. ¡A nosotros, que en todas las luchas ocupamos los puestos de peligro, y que en todos los conflictos obreros llenamos las cárceles, y constantemente sufrimos persecuciones autoritarias y pactos del hambre!

Y esto lo dice un partido que sin nuestra acción revolucionaria vivirá en el más completo olvido.

Ha sido siempre a consecuencia de las grandes conmociones obreras, que los gobiernos se han acordado de que existía una fracción de hombres *dispuestos a todo*, incluso a traicionar a sus compañeros de trabajo, a cambio de obtener algún beneficio que les permita separarse de la fábrica o del taller; por eso a raíz de la primera huelga general de Barcelona, se fundó el Instituto de Reformas Sociales, cuyos trabajos se negaron a efectuar los socialistas hasta que consiguieran sueldos del Estado o de los ayuntamientos. Fué a raíz de la semana gloriosa de Barcelona, cuando al gobierno se le ocurrió formar los tribunales industriales, y todos sabemos qué de bajezas cometieron los socialistas para conseguir plazas, en la creencia de que serían retribuídas, y que al ver que en el presupuesto no se incluían cantidades para dicho objeto han sido abandonadas; pero antes de abandonarlas se han arrastrado a los pies de todos los políticos, incluso de algún obispo, para conseguir un sueldo por formar parte de dichos tribunales industriales.

No, no veremos a los socialistas *jamás* ocupando puestos de lucha desinteresadamente. Pueden tener los trabajadores la seguridad de que cuando un socialista ocupa un puesto del que no pueda salir un acta de *algo aprovechable*, si lo que ocupa no es una plaza retribuída, es que la está creando.

Por si la clase trabajadora tenía pocos parásitos, le han salido éstos, más peligrosos que todos, puesto que con ella conviven.

Hemos afirmado nosotros que la Unión General de Trabajadores es un organismo político y vamos a demostrarlo.

Pablo Iglesias no puede pertenecer a ningún organismo obrero, pues hace muchos, muchísimos años que dejó de serlo. ¿Qué dirían los socialistas si el actual ministro de Instrucción pública fuera nombrado presidente de una federación obrera? Pues Alba, al igual que Pablo Iglesias, fué cajista en sus mocedades, y seguramente que ambos tienen pocas ganas de volver al trabajo.

Para las últimas elecciones de diputados a Cortes el partido socialista se dirigió a las sociedades obreras que integran la Unión, pidiéndoles dinero para sufragar los gastos electorales, y es casi seguro que también pidieron el voto a los asociados. Organismo que así procede, ¿no debe calificarse de político?

Y vamos a la labor organizadora de dicha Unión.

Si no fuera por el carácter político que ésta tiene, no reinaría entre los ferroviarios el descontento que existe, pero los obreros militantes saben que las entidades regidas por estos elementos quedan atadas de pies y manos al ingresar en la Unión. Y queremos demostrar también que el principal objetivo, por lo que afecta a las cajas de resistencia, es que tengan dinero para disponer de él cuando les sea preciso.

Debido a esto imponen esos reglamentos tan absurdos que obligan a los obreros en huelga a sucumbir transcurrido determinado período de tiempo, para que las cajas no queden agotadas. Así ocurrió al Arte de Imprimir de Madrid, con ocasión de la huelga de la casa Rivadeneyra, que cuando el entusiasmo era mayor y la solidaridad más efectiva, cuando tal vez la resistencia de una semana más les hubiera dado el triunfo, tuvieron que rendirse porque habían transcurrido los dos meses de huelga *que marcaba el reglamento*.

Por el capricho de unos cuantos socialistas, la Federación de Tipógrafos apenas si contiene unas cuantas secciones. Por el hecho de pertenecer a la Unión este organismo, están separados de él la inmensa mayoría de los tipógrafos, que se creen lo suficientemente aptos para no vivir sujetos a la férula de políticos tan vergonzantes que niegan serlo.

Y es seguro que éste es también el motivo de la separación de la sección ferroviaria de Gijón, que no ha querido imitar a las muchas otras que estando convencidas de que son prisioneras del partido socialista soportan la prisión por un mal entendido espíritu de disciplina.

¡Y aun nos llaman a los anarquistas perturbadores en el movimiento obrero, enemigos de la paz!

Sí; somos enemigos de que la paz reine en Varsovia, y perturbadores del elemento que pretende acaparar al proletariado, no para llevarle por el camino de su emancipación, ni siquiera por el de su mejoramiento, sino para hacer de él instrumento de sus ambiciones políticas, cuando no de sus ambiciones personales.

No forma parte del Comité de la Unión ni un solo individuo que no sea político.

Si combatimos—y ellos combatían antes—a los obreros que ingresan en los partidos republicanos, ¿no hemos de combatir también a los que ingresan en el partido socialista, que no es menos político que el republicano?

Si alguna diferencia hay, es en favor de los republicanos, que ingresan conscientemente, mientras que los socialistas los engañan diciéndoles que la Unión es una fuerza obrera, cuando sólo es la base de la que extrae su fuerza el partido que por autonomasia se llama obrero.

Enemigos de toda política, no cesaremos de dar la voz de alerta a los obreros que caen en sus redes. ¿Qué los socialistas nos llaman perturbadores? No importa; también nos lo llaman Maura, Canalejas, Melquiades Alvarez y Lerroux.

La justificación de nuestros principios

En los momentos actuales en que vemos por todas partes, en Europa, como en Asia y América, el despertar revolucionario de los pueblos y en que la ignominia de los gobernantes se presenta bajo las más repugnantes formas, podemos considerar y comprobar cuán justos son los principios que nos han guiado en nuestra propaganda y nuestra acción.

Por una parte vemos las revoluciones políticas en Rusia, Portugal, México, Turquía, Persia y la China, que saludamos cordialmente como rebeldías del individuo humano contra la servidumbre secular. La aurora de la emancipación personal aparece al fin allí donde no había brillado la antorcha de la gran revolución francesa.

Vemos después la inmensa influencia que tuvo en Rusia la huelga general de toda una nación contra su gobierno para abrir brecha en la fortaleza del zar y de su camarilla, que hasta entonces había resistido los esfuerzos repetidos durante cincuenta años. Vióse en aquellos días todo el país, sus ferrocarriles, sus correos y telégrafos, sus obreros del transporte, de la alimentación y de la producción en general, sus mecánicos y sus ingenieros, sus maestros, sus artistas, hasta una parte de sus jueces, suspender todo trabajo para arrancar a la autocracia sus primeras concesiones.

La humanidad comprendió entonces la fuerza irresistible que tiene en sí la huelga general. Los sufrimientos mismos que impone a los trabajadores hicieron de ella una fuerza irresistible.

Vióse más aún: territorios enteros, en las provincias bálticas, el Cáucaso y la extensión del ferrocarril transiberiano se sublevaron, sin esperar órdenes de nadie, se constituyeron en municipios o repúblicas locales, y reformaron su organización agrícola e industrial sobre bases populares. Tres mil kilómetros de vía férrea representaron durante un mes una república separada del imperio, que organizó por sí misma, sin jefes e infinitamente mejor que antes, el funcionamiento de la línea y la repatriación de miles de hombres del ejército vencido en la Manchuria. ¡Qué lección para los obreros de los ferrocarriles de todo el mundo!

Ayer todavía, en Francia, a consecuencia de la carestía de víveres, grandes regiones se declaraban en rebeldía contra el Estado y sus capitalistas, y es indudable que en ellas se hubiera emprendido *la distribución socialista de los víveres*, soñada y aun bosquejada por los *sans-culottes* de 1793-94, si la opinión hubiera estado previamente preparada para tal idea, basa la sobre el ejemplo de las «secciones» revolucionarias de la Gran Revolución, en lugar de hallarse viciada por la propaganda parlamentaria y por la perniciosa idea de una «conquista de los poderes» en el Estado burgués, que no representa sino la conquista de la rebeldía por el *statu quo* burgués.

Por último, en esta Inglaterra, que se nos representa tan sensata y tan pacífica, ¿no hemos visto últimamente todo su gran sistema de cambio y de producción amenazado de parálisis general por la rebeldía de los trabajadores contra sus explotadores y sus jefes, dormidos por las promesas de los políticos?

¡Pónganse esos rasgos de rebeldía frente a las traiciones de sus jefes, a los cuales los parlamentarios conceden tanto crédito! Ved a Clemenceau fusilando al pueblo rebelado contra la miseria: a Briand, el defensor de la huelga general, excediendo en crueldad a su antecesor; a Canalejas renovando el tormento católico..... ¿Se ha visto jamás tan repugnante cuadro en la historia?

Y como siempre, en los dominios del Estado, servidor del capital, vemos hoy a Francia apoderándose de Marruecos, para enriquecer sus repugnantes hordas de desposeedores, despojando a los árabes de sus tierras: a Inglaterra y Rusia invadiendo Persia por dos lados; y, por último, a la Italia—esa Italia para cuya liberación trabajaron hombres como Pisacane, Mazzini, Orsini y Garibaldi y sus heroicos compañeros de combate, la Joven Italia tan querida de nuestra generación—marchando como feroz asesino a la matanza de árabes pacíficos, que ganan penosamente su vida defendiendo sus tierras de las invasoras arenas del desierto inmenso!...

¡No: basta de ilusiones acerca de esos Estados socializantes! ¡Guerra persistente a todas las formas de explotación capitalista y financiera! ¡Lucha sin tregua contra las organizaciones estatistas que sostienen esa explotación y que arruinan sus propias poblaciones para enriquecer los explotadores coloniales de toda nacionalidad!

¡Lucha contra la idea misma de la centralización estatista! Y consiguiente unión de las fuerzas obreras para elaborar *nuevas* formas comunistas de consumo y de producción en interés de todos, fuera de toda estructura estatista.

PEDRO KROPOTKINE

Números cantan

Sin invocar más derecho que el de ser ferroviario y asociado — y creo que es bastante — voy a cumplir la obligación de emitir mi opinión en el asunto de los ferroviarios, que ahora está sobre el tapete, para que mis compañeros de Valladolid, así como los de otras secciones, la tengan en cuenta por si puede serles de utilidad.

Preciso, ante todo, hacer la declaración previa de que no perteneciendo a partido político alguno, ni fracción partidista, mi opinión es un resumen imparcial de cuanto de unos y otros he leído respecto a tan debatido asunto.

El pugilato establecido para inclinar la balanza a uno u otro lado, llevado con tanta desfachatez por los *defensores* del obrero, me sugiere las siguientes consideraciones que creo oportuno dar a conocer.

Sabido de sobra que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos, dejo al criterio de cada cual interpretar este axiomático pensamiento, limitando mi trabajo a demostrar la verdad con números, que entiendo que es la mejor demostración.

La prensa socialista, negando siempre su interés en manejar a los ferroviarios a su capricho y apoderarse de sus cuotas, nos da la norma para este trabajo.

Veámoslo:

Cada asociado ferroviario contribuye con una cuota de 0'50 pesetas mensuales, de los cuales han de ingresar en el fondo de la Federación 0'25, que dan un total, contando con 70.000 asociados, de 17,000 pesetas mensuales, y al año 210,000.

De este dinero se ha de pagar a la Unión General de Trabajadores, entidad eminentemente política, como lo demuestran sus componentes, socialistas todos y algunos *no* obreros, 21.000 pesetas anuales y otras tantas a la Federación Internacional de Transportes.

En compensación de este dinero entregado, el cual nosotros sólo tenemos el derecho de administrar, se nos ponen innumerables cortapisas para que no podamos mejorar nuestra miserable condición de esclavos, pues aunque en uno de los artículos de sus estatutos señala un año de permanencia para que la huelga sea reglamentaria, en otro dice que ha de tener fondos para resistir por lo menos dos semanas, y vemos que, por ejemplo, una sección compuesta de 5,000 compañeros recaudará mensualmente 2,500 pesetas, de las cuales, 1,250 han de pasar a la Federación. Quedan otras 1,250, para gastos de propaganda, solidaridad, local, que esta sección paga 70 pesetas mensuales, que podemos marcar, por lo menos, en un 25 por 100, quedando reducido el ingreso líquido a 937'50 pesetas mensuales.

Aquí se ve que los socialistas tienen la misma habilidad para confeccionar reglamentos que para amañar votaciones.

Ahora veamos el capital que necesita reunir esa sección para que su huelga sea reglamentaria y el tiempo que ha de tardar en reunirlo.

Para atender al sostenimiento de sus 5,000 asociados en huelga, pagándoles a 2'50 pesetas, se necesitan 12,500 diarias, que multiplicadas por 14 dan un total de 175,000 que ha de tardar en reunirlo *doce años y medio* próximamente, y hasta entonces ¡échale guindas! pueden dormir tranquilas las empresas explotadoras. Todo esto para recibir una cuarta parte o nada de los miles de pesetas que habrán ingresado en la Federación y Unión General de Trabajadores.

Los 70,000 ferroviarios recaudan al mes 35.000 pesetas; al año 420,000, y en 12 años 5.040,000; de las cuales la Federación se queda con 2.520,000 y paga de ellas a la Unión General 924,000 y a la Internacional de Transportes otras tantas, que suman 1.848,000 que nadie sabe dónde irán a parar.

Para que esto no ocurra: ¿No sería mejor que la Federación Ferroviaria arrojara de sí la tutela engorrosa y egoísta de los elementos políticos y que esos dos millones y medio los dedicara a robustecer la asociación puramente obrera y no al fomento y alimentación de obreros emancipados a cuenta de otros obreros que quedan sujetos al yugo del taller y de la fábrica?

Rudamente, espontáneamente y con sinceridad, excito a todos mis compañeros ferroviarios españoles a estudiar seriamente este asunto y formando consciencia de sí mismo veamos la forma de arrojar a donde se merecen a los bastardeadores del ideal de emancipación obrera, sin mescolanzas perjudiciales, y los que quieran ser políticos y ayudar a los políticos allá se las compongan, pero que de ninguna manera sirva el dinero que con tanto sudor *ganamos*, para elevar a las cumbres de la perniciosa política a ex-compañeros, a ex-trabajadores que nada tienen que envidiar a los burgueses, con quienes se allan para el logro de sus ruines deseos, mientras que nuestras justas reivindicaciones duermen apaciblemente el sueño de los justos.

UN FERROVIARIO VALLISOLETANO

Solidaridad = Mancomunidad

El proletariado español.—La generación presente.—Oro y calderilla.—Solidaridad y mancomunidad.—Ni contribución ni limosna.—Rectificación de ideas.—Huelgas pequeñas y contubernios políticos revolucionarios.—Notas finales

El proletariado español conserva aún la fe en el ideal, pero no emplea bien su energía.

Es una lástima verle regimentado en el socialismo, débilmente organizado aun en el sindicalismo, engatusado en el ilusionismo político o perdido en el atomismo individual, quedando en gran minoría los conscientes, los incorruptibles.

Bien puede decirse, con pena lo declaro, que en su conjunto, la generación presente vale menos que la anterior. Y vale menos, porque antes aquélla caminaba resuelta, animada por la convicción e inspirada por la esperanza, y ahora ésta lleva a cuestas el bagaje de la desilusión y del pesimismo y vacila temerosa o cándida entre los peligros autoritarios y las seducciones desviadoras.

No puede decirse que el proletariado español haya obrado maravillas en pro del ideal emancipador; pero antes, en períodos de entusiasmo, celebró Congresos, fomentó su organización, publicó periódicos doctrinales, discutió ventajosamente con la burguesía, sostuvo grandes huelgas, peleó valerosamente y produjo propagandistas, héroes y mártires; empezó bien; emprendió buena vía; en tanto que hoy, exceptuando siempre los fuertes y dignos, se agrupa en un partido obrero y en una Unión General de Trabajadores, organismos autoritarios contraproducentes, porque rebajan y menoscaban la individualidad para que la masa continúe siendo dirigible y explotable; o proclama la acción directa sin la organización sindical necesaria, produciendo a veces la acción sugerida por impulsivos que se estrellan impotentes ante la fuerza autoritario-burguesa; o vota y ovaciona charlatanes que le dejan ligado a la miseria con la vergüenza encima del timo descubierto cuando ya no tiene remedio; o vive, emigra o muere en el más ínfimo desprecio.

Todo ello débese en gran parte, no me cansaré de repetirlo, a la idea atávica y aun predominante del poder absoluto del dinero; el proletariado languidece porque así como los ricos creen que riqueza es oro, los pobres creen, y los malos pastores afirman la creencia, que solidaridad es cotización y suscripción, es decir, calderilla, dinero al fin.

La solidaridad — idea salvadora, cuya práctica va en progresión ascendente, agregando y multiplicando esfuerzos ha de darnos la *fuerza para vencer* después de darnos el *conocimiento para poder*—, ha sido sofisticada y empequeñecida, quedando reducida, por unos, a socaliña para pagar representaciones y ostentaciones vanas, cuando no gravosas prebendas; por otros; a socorros a los infelices caídos en luchas estériles y evitables, promovidas, unas veces por agentes provocadores, otras por compañeros temerarios e irreflexivos, tocados del error catastrófico político.

Solidaridad es ante todo Mancomunidad.

La experiencia de la vida y la sutileza del lenguaje establecen cierta diferencia entre esas dos ideas abstractas, que, no obstante, en la realidad, se confunden en una sola significación.

En general, *se mancomunan los que se disponen a obrar; se solidarizan los que se disponen a sufrir o gozar las consecuencias de la acción.* Distinciones inútiles, pura logomaquia.

Si por solidaridad obrera se ha entendido que bastaba pagar una cuota para comprar con ella un derecho del que quedaba excluído el no pagador, debe entenderse que en buena solidaridad cada trabajador ha de contribuir con lo que es, con lo que tiene y con lo que puede, es decir, bienes, amores y vida a la constitución de una fuerza racionalmente mancomunada para la renovación de la sociedad. Así consta en el siguiente considerando del preámbulo de los Estatutos de La Internacional:

«Los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado *por falta de solidaridad* entre los obreros de las diferentes profesiones, y *por falta de unión fraternal* entre los trabajadores de todos los países.»

En consecuencia, *solidaridad no es contribución*, como exigen unos, *ni limosna*, como piden otros, o como piden y exigen simultáneamente unos y otros agitándose en las convulsiones de la imprevisión o de la impotencia.

Bueno será pensar algo más en que existe un patrimonio universal de la humanidad, que da sobradamente para todos los humanos, usurpado por toda clase de privilegiados, de cuya participación han estado privados en todo tiempo los sometidos al derecho de accesión; bueno será también rectificar nuestras ideas sobre la Caja de Resistencia y asimismo sobre el Cepillo de Beneficencia, reminiscencias ambas de nuestro educación aburguesada y cristiana, que impiden la formación en la mente del obrero de aquellas ideas-fuerzas que obran enérgicamente con poder destructivo y constructivo.

Esas huelgas pequeñas de una fábrica, de un oficio, de un grupo cualquiera de asalariados, que saltan aquí o allí distribuídas por todo el territorio nacional, tropezando y cayendo por hambre, por arreglos mezquinos o por el palo autoritario, molestan, debilitan e impiden a la entidad proletariado fortalecerse para realizar su emancipación y para su obra más importante, la reorganización de la sociedad.

Ciertos resabios atávicos, que pudieran inclinar a algunos a mancomunidades inmorales o contubernios políticos-revolucionarios hipotecando los principios, son perjudiciales siempre, porque, a semejanza del apareamiento de ciertas especies distintas, dan productos híbridos, infecundos, u obran a la manera de ciertas mezclas, que producen cosas distintas de la esencia de sus componentes. Por ellos han quedado alguna vez los desmancomunados en situación precaria, recurriendo o haciendo recurrir a las antesalas, pesando gravosamente sobre la solidaridad benéfica y causando no pocos daños morales y materiales.

El proletariado, agregado organizado de trabajadores conscientes y coincidentes en conocimientos y en la determinación de una voluntad unificada, ha de ser uno, grande, poderoso, prudente y enérgico para triunfar, y mientras no lo sea será víctima.

Termino con estas notas:

«¿Cuándo acabará la iniquidad, el desorden, la miseria?

»¿Pronto? ¿Tarde?

»¡No se sabe!

»¡Pero acabará ciertamente antes de que la Anarquía sea un hecho.» (De *A Aurora*, de Oporto.)

«La Anarquía no procede de las Universidades.

»El anarquismo tiene su origen en el pueblo, y únicamente conserva su vitalidad y fuerza creadora en tanto cuanto persista en su condición de movimiento popular.» (Kropotkine. *La Ciencia moderna y el Anarquismo.*)

ANSELMO LORENZO